
BRUNO LATOUR**REASSEMBLING THE SOCIAL. AN INTRODUCTION TO
ACTOR-NETWORK-THEORY**

OXFORD, OUP, 2005, 316 PÁGINAS.

GUSTAVO L. SEIJO*

There are more things in heaven and earth, Horatio,
than are dreamt of in your philosophy.

W. SHAKESPEARE, *Hamlet*, Acto I, Escena V.

En un artículo publicado en el año 2004, Chris McLean y John Hassard intentaban advertir al académico lego acerca de los problemas potenciales devenidos de la “utilización” de la TAR¹ (McLean y Hassard, 2004). Los autores organizaron estas desventajas potenciales alrededor de cinco ejes problemáticos que intentaban resumir –de manera no del todo sistemática– algunas de las críticas que la teoría había recibido en años anteriores. El proyecto de estos autores enumeraba críticas de diversa índole –dentro de una historia con final medianamente feliz– haciendo caso omiso del principal pilar de apoyo de la TAR: su apuntalamiento metafísico rígido y debatible.

Al igual que estos autores, Bruno Latour también se propuso y promete con *Reassembling the Social* la elaboración de un camino introductorio que conduce hacia la TAR. Sin embargo, este otro camino avanza precisamente por el corredor más escabroso y traicionero evitado por McLean y Hassard (hay que aclarar que es ésta la única forma posible de responder a las críticas que reseñaron estos autores). Para comenzar, convengamos en que la audiencia potencial del libro imaginada por Latour es distinta que la del artículo de McLean y Hassard. *Reassembling the Social* no es otra cosa que el programa de clase del curso “Crítica de la información pura” que Bruno Latour dictó en la London School of Economics and

* Universidad Austral. Correo Electrónico: <gseijo@iae.edu.ar>.

¹ *Actor-Network Theory*, en inglés.

Political Science entre 1999 y 2001. Bajo este mismo programa de estudios, tres sesiones plenarias –conocidas como las Clarendon Lectures– fueron dictadas en Said Business School (la escuela de negocios de la Universidad de Oxford) en 2002 a instancias de Steve Woolgar (antiguo colega de Latour, coautor del afamado *La vida en el laboratorio*). En parte, uno de los proyectos de Latour con este libro introductorio es resumir una serie de elaboraciones teóricas cuya exposición retórica ordenada permite enunciar ciertas características y conversaciones de la TAR. Este libro vendría a llenar, de esta manera, un vacío teórico y, tal vez, lexical –en lo que a formación en ciencias sociales respecta– para mejor comprender algunas ideas que versan sobre la TAR.

El proyecto de carácter más general de Latour con este libro radica en la presentación de su *sociología de las asociaciones* (definida en contraposición a la *sociología de lo social*) y un replanteo del oficio de sociólogo tal y como lo habían definido Bourdieu, Chamboredon y Passeron (2002). Para insertar esta distinción debe desvanecerse la idea de lo social como pegamento que aglutina algo “grande” llamado sociedad. Siguiendo a Gabriel Tarde (Latour, 2002), la sociedad es la consecuencia de las relaciones y no su causa. Este movimiento redefiniría la sociología no ya como la “ciencia de lo social”, sino como “*la búsqueda de las asociaciones*” (Latour, 2005: 5). Lo social, así enunciado, no constituye un dominio específico o un objeto estabilizado de por vida, sino un *movimiento* continuo de re-asociación y re-armado.

Para arribar a esta sociología de las asociaciones –que su autor quisiera haber llamado “asociología”– Latour despliega una propedéutica con cinco fuentes de incertidumbre que contribuyen a alimentar las conexiones entre controversias que intentan explicar *de qué* está hecho el universo. Latour establece una simetría entre la tarea del investigador y la del cartógrafo, quien se propone trazar mapas –haciendo uso de un formato geométrico existente– de una *terra incognita* a través de informes –contradicitorios, la mayor parte de las veces– de varios exploradores. De esta manera, la tarea del investigador de la TAR sería la de entender qué lazos relacionan marcos de referencia inestables y cambiantes en lugar de perseguir la búsqueda de una estabilización de estas contradicciones para la

formulación de un marco único y uniforme. El cartógrafo deberá trabajar no sólo con reportes de múltiples exploradores, sino que además hará uso de una variedad de grillas de proyección espacial (cada punto observado y documentado “demandará” sus propias coordenadas).

Las fuentes de incertidumbre, antes referidas, prestan orden a la primera parte de *Reassembling the Social*. Este recurso retórico y de enseñanza proviene de los cursos y seminarios mencionados párrafos arriba. *La primera fuente de incertidumbre* es la relativa a la existencia de grupos u organizaciones. La formación de grupos es definida como un proceso continuo y errático compuesto de lazos inciertos, frágiles y polémicos. Por otra parte, ningún proceso de formación de grupos es fácilmente escindible: múltiples –y, la mayor parte del tiempo, contradictorios– procesos de formación grupal tienen lugar a un mismo tiempo. La tarea del investigador de la TAR tendrá en vistas no imponer una coherencia estabilizadora de antemano a la lista heterogénea de procesos grupales que tienen lugar dentro del seno de lo social.

Un punto de partida respecto de la tradición bourdiana en investigación –sobre la que versa todo *Reassembling the Social* y, en particular, su segunda parte– reside en la especificación de la naturaleza de una “buena narrativa de la TAR”. Esta última es la que permite que los actores del campo y sus acciones sean siempre más importantes que los conceptos de los investigadores. A Latour le desagrada en grado sumo la posibilidad de utilización del “ojo de pájaro” como lugar para la observación (haciendo uso de esta posibilidad, los científicos sociales tienden a construir “reflexivamente” aquello que sus entrevistados e informantes han hecho “inconscientemente”). Este análisis huye de “lo social” y se niega a *tener que pagar el precio de la conexión o mediación* entre el analista y su campo de estudio. Dentro de una definición posible de grupos sociales deben ser incluidos los portavoces mediadores: los científicos sociales, las ciencias sociales, las estadísticas sociales y el periodismo social enumera Latour. La “sociología de las asociaciones” busca rastrear la cadena de actores que ha estado conectada para la construcción de un “hecho científico”. La posibilidad de una asociación híbrida de actores es parte integrante e insustituible de un estudio científico y de lo que hace que este grupo refe-

renciado exista, subsista, se desintegre o desaparezca. Se destaca también un desplazamiento importante en lo que al rol del sociólogo respecta: el investigador *qua* juez —que sentencia decretando un orden de las cosas utilizando elementos propios y ajenos— debe dar paso a un rol similar al investigador *qua* antropólogo, quien da cuenta de un mundo mucho más rico e interesante que sus propias definiciones y conceptos.

La sociología de las asociaciones prescinde de cualquier tipo de agregado social supuesto como válido de antemano (la “sociedad” es quizás el ejemplo más común de categorizaciones sociales *ex ante*). Para la TAR el proceso de formación de un colectivo (Latour, 1999b) implica —y requiere— movimiento o circulación: en palabras de Latour, si el bailarín se detiene, la danza ha concluido. La ejecución o la representación se vuelven de esta manera partes constitutivas e insustituibles de lo social.

La segunda fuente de incertidumbre se relaciona con la naturaleza de la acción. Aquí Latour traza una distinción entre los dos sentidos posibles de la palabra “social”. Por un lado, esta palabra designa un estado de las cosas dentro del que la vinculación o la asociación es el aspecto más relevante. Por otro lado, lo “social” también da cuenta de una especie de sustancia que permite distinguir entre ésta y otras sustancias (a modo de ejemplo, “lo social” definido como la otra cara de la moneda de “lo material”). Esta definición debe incorporarse a la lista de criterios que separan la “sociología de lo social” o “sociología crítica” y la “sociología de las asociaciones”.

En el principio de la TAR —de acuerdo con Latour— fue la acción. En consideración de esta premisa, la pregunta que motoriza la investigación a través de la TAR deberá ser “cuando nosotros actuamos, ¿quién más se encuentra actuando?”. O, volviendo a la primera fuente de incertidumbre, podríamos preguntar complementariamente: “¿cómo consecuencia de qué tipo de acción una organización es producida?”. Existen necesariamente “otros” que, de alguna manera, se encuentran vinculados a la acción que vulgarmente se denomina “social”. De acuerdo con Latour, la acción está dominada por “otros”; esto es, siempre es posible encontrar a “otros” asociados a nuestra acción que, en última instancia, nos ayudan a actuar. Son precisamente estas infinitas posibilidades de asociación las que reabren dentro de la acción relacional —toda acción habla

necesariamente de relaciones de acuerdo con Latour— las posibilidades de sorpresa e incertidumbre. Es decir que la acción no está determinada o enmarcada dentro de una estructura o de acuerdos preexistentes, sino que siempre conserva su gradiente de libertad a pesar de las asociaciones requeridas para que se lleve a cabo.²

Considerar a la acción así definida, configura uno de los puntos más controvertidos de la TAR: el lugar que la teoría le asigna al actor. Hay una premisa de base que Latour toma de François Cooren (2000) para evitar tener que entrar en la espesura de un bosque donde los grises abundan. Cooren define en su libro *The organizing property of communication* “acción des-localizada” como el lazo impreciso y borroso entre un determinado *locus* y la acción que parecería representarse en ese escenario. Bajo este concepto, ninguna acción puede llegar a ser completamente “local” toda vez que la acción así concebida es prestada, distribuida, sugerida, influenciada, traicionada y traducida. Un actor, siguiendo estas premisas de la acción, es *aquello que es hecho actuar por otros*. Define precisamente Latour al actor como un “recipiente provisorio” (Latour, 2005: 216). Actor para la TAR es quien tiene la posibilidad de operar alguna transformación a través de su acción.

Una de las debilidades que Latour le adscribe a la “sociología de lo social” está dada por su escisión respecto de la filosofía en general y de la metafísica en particular. Esta separación le resta importancia a lo que Latour considera como el problema filosófico más importante: la agencia. Se encuentra aquí precisamente la importancia de establecer el punto de partida de la teoría bajo la forma de incertidumbres: tal y como Kafka y Maupassant lo sugirieron hace ya un tiempo, nunca se puede estar completamente seguro de quién o qué nos está haciendo actuar.

La presentación de esta fuente de incertidumbre culmina con la tan debatida crux entre la etnometodología de Garfinkel (1967) y la semiótica de Greimas (Greimas y Courtès, 1982). Este ensamblado teórico concibe la acción como superficie que deja tras de sí —merced al incessante circular de los actores— lugares actanciales o espacios para la acción.

² Cf. las ideas de Michel Serres de interferencia e interrupción como signos de “lo social” (Serres, 1982).

Greimas y Courtès definen el rol del actante como quien, a un mismo tiempo, lleva a cabo y debe tolerar o sufrir una acción. Queda así integrada dentro de una misma entidad la posibilidad de ser sujeto y objeto de la acción, como acertadamente señala Bárbara Czarniawska (2004). El titiritero nunca ejerce completo control sobre el títere: siempre queda abierta la posibilidad de preguntar qué es lo que hace que el títere esté actuando. La acusación bourdiana que asemeja al sociólogo y al titiritero debe ser tomada como un cumplido, comenta Latour –la acción misma es incertidumbre– dado que siempre subsiste la posibilidad de sorpresa dentro de la actuación, el manejo y la manipulación.

La tercera fuente de incertidumbre se incorpora al tan mentado debate sobre la agencia de los objetos. Aquí Latour señala que los sociólogos de lo social han confundido el *explanandum* con el *explanans* de su práctica profesional. “Lo social” nunca ha llegado a explicar nada por sí solo (algo por ser “social” no queda automáticamente definido). Para la TAR es justamente “lo social” aquello que debe ser explicado.

Dentro de la sociología de las asociaciones la palabra “social” designa un tipo particular de relación entre actores. “Lo social” es, de esta forma, el tipo específico de asociación temporal que caracteriza la forma que adquiere un determinado tipo de ensamble que Latour prefiere llamar “colectivo”. Esta distinción elimina la posibilidad de existencia de lazos duraderos: las asociaciones que prestan definición a “lo social” deben necesariamente ser provisionales, inestables y caóticas. Bajo esta premisa –cabe aclarar– poder y dominación son dos temas que reportan sólo un interés subsidiario a la sociología como campo de saber. De acuerdo con Latour, el tomar al poder como punto de partida posible se vuelve un principio dormitorio que anestesia a sociólogos y actores por igual (dada una relación de poder rígida e inexorable, ninguna acción potencial podrá llegar a cambiar aquello que ha sido axiomáticamente configurado en primer lugar).

Latour navega –una vez más– acertadamente lejos de la intención de asemejar la TAR a una teoría animista (es ésta la crítica a la teoría más acalorada y recurrente que proviene de las entendederas limitadas de la academia anglo-americana). El lugar de los objetos en la acción queda garantizado por los

lugares actanciales y las cadenas de asociaciones de actores humanos y no humanos y no por la capacidad de los objetos de “actuar” o de “hablar” por sí mismos. El que un actor no “determine” la acción no implica que esté haciendo nada ni que no deba ser objeto de análisis. El “objetivismo” no debe ser patrimonio exclusivo del positivismo aclara Latour. La división y delimitación estricta entre lo social y lo material es precisamente aquello que impide entender cómo la formación de un “colectivo” (Latour, 1999b) es posible.

La cuarta fuente de incertidumbre intenta redefinir los hechos científicos rebautizándolos como *cuestiones problemáticas* o *hechos en debate* (*matters of concern*). El error central del positivismo, para Latour, estriba en transformar estas cuestiones problemáticas en *cuestiones de hecho* o *hechos indiscutibles* (*matters of fact*) demasiado rápido. Puede verificarse un amplio paralelismo entre esta distinción y la anterior, más famosa, que contraponía “ciencia hecha” y “ciencia mientras se hace” (Latour, 1987). Con esta cuarta fuente de incertidumbre, Latour trata de despojar de contenido “social” al “constructivismo social”. A tal efecto, primeramente, desarticula la dicotomía trivial que contrapone “lo real” a “lo fabricado”. Es a través de la destrucción de esta dicotomía que Latour le propina una contestación implacable a la tibia crítica de Ian Hacking (1999) al anunciar que la negación de un posible constructivismo únicamente abre las puertas para pensar fundamentalismos. Es en este punto que se intenta explicar por qué la TAR parecería ser un enfoque demasiado crítico (se ataca a los “hechos científicos” dando cuenta detallada de su proceso de construcción) o demasiado infantil (el enfoque le asigna un lugar en la acción a actores no humanos).

Uno de los proyectos centrales de la TAR radica en la posibilidad que la construcción de objetos científicos explique algo de “lo social”. A diferencia del “constructivismo social”, que anhela que una caracterización *ex ante* –el estar hecho de “materia social”– explique la construcción de hechos científicos, la TAR estudia el proceso de producción de estos hechos rastreando la cadena de actores que los hicieron posibles. La “explicación social” mencionada en primer término destruye los “hechos científicos” como tales dado que reemplaza al objeto de estudio por *clichés* (cuya mayor virtud consiste en

estar hechos de materia social). Tarea de estudio fácil sería si todo lo que pudiéramos decir acerca de la religión, el arte, la cultura, las leyes y el mercado fuese que han sido “socialmente construidos”. Es este reemplazo de complejidades –las ricas del campo por las triviales del análisis– el movimiento que Latour critica debido a que tras ese cambio “lo social” –aque- llo que debe ser explicado– se desvanece tras las sombras del discurso del investigador.

La quinta fuente de incertidumbre no es, en rigor de ver- dad, una fuente de incertidumbre al igual que las cuatro ante- riores. Se da comienzo con esta quinta fuente de incertidumbre al proyecto de delimitar una estética dentro de la que se puedan encontrar los “buenos trabajos o narrativas de la TAR” (toda la segunda parte de *Reassembling the Social* puede llegar a leerse como un apéndice de esta última fuente de incertidumbre). Una vez dentro de esta estética, Latour inten- tará definir un sentido para la búsqueda o el rastreo de cone- xiones y asociaciones como práctica profesional. En esta quinta parte es donde la TAR se transforma en heredera de la tradición derridiana de estudio de texto. Para Derrida (1988), cualquier texto tiene la capacidad de funcionar independiente- mente (*resistance*) emancipándose de sus autores y condiciones de procedencia. Casi toda la corriente francesa de la TAR puede llegar a ser considerada como heredera de las tradiciones deleuzianas y derridianas. A modo de ejemplificación, es pre- cisamente de Derrida de donde Latour y Woolgar (1995: 55- 64) tomaron la idea de originaria de inscripción.

Dentro de esta estética –definida por Latour– una mala narrativa de la TAR sería aquella en donde la relevancia de los sociólogos críticos-autores opaca y torna marginales a los informantes del campo. Para Latour, la posibilidad de defini- ción expresada en “una buena narrativa” es mucho más crucial para las ciencias sociales que para las naturales. Las “buenas narrativas científicas” nunca se autopronostican como meras historias o ejercicios literarios dado que al hacerlo perderían su principal fuente de incertidumbre: se liberarían por completo de la necesidad de ser precisas, fieles, interesantes y objetivas. No es así concebible que “lo social” sea desmantelado y anu- lado por las miradas desinteresadas de analistas demasiado lúcidos. El relato científico debe ser susceptible de fallo, al

igual que los experimentos de laboratorio (he aquí la simetría central del enfoque). En palabras de Latour (2005: 128): “si lo social es una búsqueda (o un rastreo de indicios) entonces puede ser recuperado, si es un ensamblado, entonces puede ser reensamblado”. Esta última cita retoma tácitamente el “método ensamblado” de John Law (2004) y la “acción des-localizada” de François Cooren (2000).

Latour afirma que “una buena narrativa de la TAR” es aquella que traza tras de sí una red de actores activos (la redundancia sirve para desestimar la posibilidad de actores omnipresentes o meramente escenográficos). La red no es el “objeto de estudio predilecto de la TAR”. Siguiendo a Deleuze y Guattari (1988), una partitura musical puede llegar a entenderse como una red que vincula actores heterogéneos e inconstantes o multiplicidades. Latour percibe que las “redes” como concepto han perdido su filo académico dado que, por lo general, el uso verbal cotidiano habla de redes como meros medios de transporte pero no de transformación (es este último el sentido en el que la corriente originaria de la TAR hablaba de redes).

La nueva tarea del investigador de la TAR será entonces el *despliegue* de actores como redes de mediación múltiple (he aquí el verdadero sentido del guión que separa el binomio actor-red). Este despliegue no es sinónimo de mera descripción ni tampoco intenta ser el vehículo con el que se arriba a fuerzas sociales prestas a ser reveladas. Un buen texto de la TAR, de acuerdo con Latour, nunca es un relato al que se pueda acceder sin mediación. El investigador de la TAR debe “describir” (es éste el mandamiento más importante de la teoría latouriana) siendo consciente del esquema de mediaciones necesario para la elaboración de una descripción.

La recomendación central de Latour para el investigador de la TAR es viajar a pie manteniendo “lo social” tan plano como sea posible; es decir, absteniéndose de generar los clásicos niveles de análisis: macro, meso y micro. Esta cuestión de cartografía básica relocaliza lo global y redistribuye lo local dado que la naturaleza de “lo social” parte de las asociaciones. El punto de observación del investigador de la TAR es un *olígoptico* que, a diferencia del panóptico foucaultiano, produce visiones a detalle pero parciales. Esto es, “ver muy poco pero muy bien” en contraposición al sueño megalomaníaco de

panoramas panópticos que todo lo abarcan. La distinción entre niveles de análisis en lo social –o la conformación del gran panorama macro– implica un cambio de vehículo para el estudio de lo social. Es ésta la práctica de investigadores que hace uso de enfoques etnográficos para estudiar relaciones interpersonales (que juzgan “micro”) y de modelos estadísticos para hablar de la sociedad que, en teoría, contiene a las primeras (porque la suponen “macro”).

La descripción –sin cambio de vehículo– acompañada de la búsqueda de cadenas de actores –cuya existencia depende de la interacción misma (Latour, 2002)– configuran los pilares de este libro de investigación latouriana. Resta aún pensar si estas premisas así enunciadas pueden llegar a “constituirse en buenos representantes” de las perspectivas eclécticas de la mayoría de los académicos que trabajan con ideas de la TAR. Incluso cuando parece válido el ejercicio de pensar un camino para arribar a un campo de estudio complejo, más que una obra introductoria de la TAR, *Reassembling the Social* es una obra introductoria al pensamiento de Bruno Latour. La TAR, que aparece dentro de una promesa en el subtítulo del libro, sigue abarcando enfoques tan heterogéneos que sólo muy sesgadamente se encuentran presentes en este libro.

Esta exposición latouriana de fuentes de incertidumbre contiene además una picardía (su principal eficacia, como fue señalado anteriormente es retórica): cada una de estas fuentes de incertidumbre culmina en una definición rígida a la vez que contrapuesta –en la mayor parte de los casos– a la sociología crítica. El proyecto de Latour nos obliga a tener en cuenta a los actores no humanos, a describir como definición de práctica profesional y a considerar la acción como punto de partida entre otras consideraciones. Es justamente debido al tránsito obligatorio por este pasaje estrecho que quizás su proyecto más abarcativo quede tan solo enunciado: las redefiniciones de la sociología y del rol del sociólogo. Cabe preguntarse, si bajo estas premisas, propias de los estudios de ciencia, tecnología y sociedad, puede llegar a replantearse la totalidad de los estudios sociológicos de estos tiempos. Me temo que Latour solamente sugiere o meramente insinúa este debate atinente a una potencial transferencia de prácticas de investigación entre campos de estudio.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bourdieu, P., J. C. Chamboredon y J. C. Passeron (2002), *El oficio del sociólogo. Presupuestos epistemológicos*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Cooren, F. (2000), *The organizing property of communication*, Amsterdam y Filadelfia, John Benjamins Publishing Company.
- Czarniawska, B. (2004), “On time, space and action nets”, *Organization*, 11, (6), pp. 773-791.
- Deleuze, G. y F. Guattari (1988), *A thousand plateaus. Capitalism and Schizophrenia*, Londres, The Athlone Press.
- Derrida, J. (1988), *Limited Inc.*, Evanston, Northwestern University Press.
- Garfinkel, H. (1967), *Studies in ethnomethodology*, Cambridge, Polity Press.
- Greimas A. y J. Courtès (comps.) (1982), *Semiotics and language. An analytical dictionary*, Bloomington, Indiana University Press.
- Hacking, I. (1999), *The social construction of what?*, Cambridge, Harvard University Press.
- Latour, B. (2002), “Gabriel Tarde and the end of the social”, en Joyce, P. (comp.), *The social in question. New bearings in history and the social sciences*, Londres, Routledge.
- (1999a), “On recalling ANT”, en Law, J. y J. Hassard (comps.), *Actor-network theory and after*, Oxford, Blackwell.
- (1999b), *Pandora's hope. Essays on the reality of science studies*, Cambridge, Harvard University Press.
- (1987), *Science in action*, Cambridge, Harvard University Press.
- y S. Woolgar (1995), *La vida en el laboratorio. La construcción de los hechos científicos*, Madrid, Alianza Universidad.
- Law, J. (2004), *After method. Mess in social science research*, Londres, Routledge.
- McLean C. y J. Hassard (2004), “Symmetrical absence/symmetrical absurdity: Critical notes on the production of actor-network accounts”, en *Journal of Management Studies*, 41, (3), pp. 493-519.
- Serres, M. (1982), *The parasite*, Baltimore, Maryland, The John Hopkins University Press.